

MIGUEL DE VALENCIA

GLOSAS DE LA CULTURA  
ACTUAL

---

Los astrónomos son los acuciosos pastores de los rebaños estelares. En los apriscos luminosos han establecido una estadística inflexible, segura. Cuando un cuerpo luminoso, extraño, se introduce en los rediles, anotan su procedencia. Así, los mapas del cielo crecen, se ven ornados de originales cruces, con su trazo lechoso en forma de alborotada cabellera.

En la constelación del Cisne se ha descubierto un cometa. Por allí ronda, confiado, saludando con sus morisquetas áureas a las múltiples estrellas. Pronto, esos cazadores del firmamento establecerán su filiación. Y entonces ya no será posible su huida, quedando sacrificado entre las aspas máximas de la constelación.

El Cisne se halla en el hemisferio boreal. Sus principales luminarias forman una cruz, situada en la Vía Láctea. "Deneb" es la más brillante. Este nombre, en árabe, significa "cola de pollo". Viaja hacia la Tierra, y dentro de varios millones de años llegará a tener la apariencia de un sol.

Otros de sus focos de luz pierden intensidad, como si fueran quemándose con lentitud, hasta reducirse a polvo sideral.

La "estrella 34" danza en el cuello del Cisne. Está a punto de convertirse en una nebulosa en constante incendio.

La "estrella 61" corre un millón de leguas cada día. Su luz tarda seis años en llegar a la Tierra. ¡Bello prodigio, visto con el telescopio!

¿De dónde deriva el nombre de tan feliz constelación? Júpiter, enamorado de Leda, se transformó en cisne. La Mitología conmemora tan cálidos amores.

Se dice que Leda, convertida en oca, puso dos huevos. Del primero nació Helena. Del segundo, surgieron Cástor y Pólux. En la Mitología aria, la oca es el símbolo de la fecundidad. Pero ese animal, contrafigura de un dios femenino, tiene la virtud de poner huevos de oro.

Cuando los astrónomos de la antigüedad comenzaron a bautizar a los habitantes del cielo, recurrieron a ciertos nombres simbólicos, de contenido plural. Habían comprobado que la lejana constelación era como un venero de estrellas. De esa forma se llegó a la fecunda denominación de "El Cisne".

El nuevo cometa, localizado en aquellos predios, presenta una cabellera

de variable tonalidad. Se desliza entre las estrellas, renace muy cerca del cuello, se oculta entre el plumaje hipotético.

La estrella "Deneb" ilumina sus caprichosas andanzas, tal vez se dedica a peinarle los finísimos chales de su cabellera.

En otra latitud célica refulge "Aldebarán", mirada de un Dios. Pero el Cisne es la pasión hecha temperatura en los afanes amorosos de Júpiter, enloquecido por los encantos de Leda.

Lástima que los catálogos astronómicos no registren esas historias, falsas, mitológicas, llenas de lirismo.



Gómez de la Serna tenía fama de mal genio. En realidad, era un tímido, siempre dispuesto a sembrar ideas.

Solía contar de antemano los temas y la estructura de su próximo libro. Jamás usó la máquina de escribir, aunque la tomó como trampolín de sus graciosas y severas greguerías.

Nadie como él ha tenido una colección más nutrida de estilográficas. Con ellas atiborraba las cuartillas de pensamientos livianos, de muy delicada orfebrería metafórica.

En cierta oportunidad, le oímos decir la génesis de la greguería. Durante varios días estuvo consultando el diccionario. Deseaba encontrar la palabra que resumiese su nueva modalidad estética, críptica y de humor. Unos versos de Bretón de los Herreros le entregaron la clave:

*Señor, todo esto es farfulla,  
compendiada greguería.*

Ese vocablo equivale a confusión de voces, que no dejan percibirse al oído clara y distintamente. Es una derivación de la palabra antigua "grege", a su vez apócope de "grey", conjunto de individuos de una misma raza o condición.

Las frases cortas, irónicas y sentenciosas, de Ramón, resumen todos los mecanismos de las figuras literarias y de lenguaje. En su concisión, las metáforas adquieren densidad, dejan de ser brillantes o burilados ladrillos lingüísticos.

Sales de ingenio y vientecillos galenos aroman y limpian el dardo de la ponzoña.

Al mismo tiempo que sus iniciales greguerías, escribió un libro titulado "Senos", breviario del amor sin erotismo, final de ruta de las modas surrealistas.

Uno de sus lemas pudo ser el siguiente: "El arte es juego de los siglos, y el último juego ha sido a quien escamoteaba más la realidad".

Sus greguerías son eso. Un constante fugarse del molde viejo, un recorte

preciso de la frase, un soñar en los horizontes que existen más allá de nuestros ojos.

Ahora, en sus plumas innumerables, la tinta ha detenido su fluencia. Cuando se cristalice, quedará impresa en sus estrías la fórmula, no revelada, de la última greguería.



Un poeta ruso, Evtuchenko, silenciado por el régimen durante varios años, vuelve a conquistar la atención de los moscovitas. En los teatros de Moscú tienen lugar sus recitales. Los jóvenes futuristas, soñando en posibilidades coléricas, lo aplauden sin recato.

Ocurre así, porque el rapsoda les habla de paraísos soñados y les dice que hay un mundo superior al de la simple utilidad inmediata. Por esta misma razón, los jerarcas rusos, aleccionados por censores de oficio, introducen correcciones y enmiendas en los poemas fogosos del hombre que lleva en sus venas un original temblor de horizontes e innovaciones técnicas.

La poesía rusa de nuestros días tiene algunos nombres de valor. Quizás un sembrador de inquietudes fue Mayakosky, innovador en la forma. Esenin fundó el imaginismo.

Suya es la frase que dice: "Un biberón de luna gotea un aceite de oro".

Pasternak llega a ser un poeta trascendente, revolucionario, pero individualista. Por eso escribió: "En vano, en días caóticos, buscar un fin feliz".

Después, la poesía rusa vuelve a ser dirigida, de incitación laboral, planificada. La creación poética permanece inferior a la prosa. Todavía sigue siendo Zinaida Gippius la mejor poetisa de aquellas latitudes. En ella están dados los alardes simbolistas y abstractos que ahora resucita Evtuchenko, poeta de moda, recitador infatigable, creador de estados de conciencia, muy próximos al estallido colérico expandido por el mundo, como defensa, como derecho a la protesta sin límites.

En algunas revistas extranjeras se ha prodigado la figura de este intérprete de la poesía. Con sus ademanes histriónicos fascina al auditorio. Tal vez, cuando llegue a las estrofas censuradas, debe sentir un chasquido de pena, un fuego que le navega por la sangre. Dicen que es un ídolo de la juventud soviética. Claro está que un ídolo mutilado.

Cuando soplen vientos adversos, la fama, tan vulnerable en Rusia, y ese hombre se vendrán al suelo, dejando al descubierto los "soportes" de su triunfo.



Dicen los etnógrafos que la historia no la escriben las razas, sino los hombres aislados, en grupos cada vez más reducidos. Nadie duda de que no existe una raza pura. La tundra, la estepa, la selva, la sabana y el desierto modelan de muy diversa manera a sus habitantes.

Los geógrafos han comprendido el valor de esas influencias. Y agrupan a los hombres en función del paisaje geográfico. Es una manera de aquilatar la dimensión del ser humano, plantado en la tierra, en su medio.

En nuestros días, los grupos de color se aprestan a desempeñar un papel decisivo en la evolución social y política de la humanidad.

Quieren derramarse por toda la tierra conocida. La tensión ha llegado a su "clímax". En Africa, infinidad de países han recabado su independencia, sin que ello suponga la visión clara y posible de metas factibles. Vagidos y máximas oscilaciones han llevado al hombre negro a presentarse, medrosamente, o a cuerpo descubierto, en los escenarios de la historia. Nadie es capaz de predecir la zona por donde las nubes habrán de rasgarse, para mostrar la claridad y luz radiantes.

Un escritor viajero, James Camerón, ha escrito un libro documental, cuyo título, "La Revolución Africana", resume con trazos enérgicos, sin eufemismos, el origen y las proyecciones de una marcha por el camino de las conquistas sociales.

El autor, con notable erudición, nos descubre el velo del Africa, "país sin frío", en donde viven doscientos millones de seres humanos, pertenecientes a innumerables tribus y agrupaciones, con variaciones étnicas y raciales muy complicadas, que se comunican en más de siete lenguas diferentes.

Durante siglos, grandes comunidades humanas vivieron, lucharon y se movieron a través del Africa. No dejaron ninguna huella propia, ninguna señal perdurable de su presencia, ni siquiera una leyenda.

Después, los extensos territorios recibieron a otros hombres. Y allí plantaron sus tiendas. Pero durante siglos vivieron en un vacío histórico.

En nuestros días, sólo un africano de cada diez sabe leer y escribir. Tanto la población como las riquezas de Africa están agrupadas en islotes.

Los europeos llegaron hasta sus costas. Las primeras exploraciones tenían por objeto encontrar las fuentes de los ríos Nilo y Níger. Los misioneros asentaron sus plantas. Mercaderes, mineros y traficantes enarbolaron sus banderas de penetración y de dominio.

Las naciones se atropellaron por entrar en Africa. Empezó la famosa "contienda por Africa", la división del continente. La historia se iba escribiendo por todos, menos por los africanos.

Hasta que una clarinada de libertad resonó por todos los ámbitos. La raza negra estaba dispuesta a convertirse en actor. Pero le faltaban diversos elementos: cultura, suficiencia económica, tradición de mando. La revolución africana sigue su curso.

James Camerón estudia el nebuloso origen de los diferentes estados de Africa, analiza las condiciones geográficas, formula hipótesis de validez.

Su obra interesa a los políticos y a los hombres cultos. Con valentía, este escritor inglés, anota: "El colonialismo está espiritualmente muerto; al mismo tiempo, la nueva Africa debe existir en un mundo de grandes potencias, del cual debe extraer su apoyo e inspiración. Cualquier economista inteli-

gente puede elaborar un argumento incontrovertible de que el desarrollo imperativo de Africa no debe ser, como era antes, de capital privado, con altos intereses, sino de capital público con intereses bajos”.

Todos los países africanos desfilan por estas páginas, no exentas de grandeza y de emoción.

De norte a sur, Africa se remueve. Nadie puede ignorar sus estremecimientos políticos y humanos.